

TERCERA PARTE.

IMAGINABAN los judíos haberse asegurado contra todo temor al consumir su crimen, y creyeron los gentiles que abandonando al público desprecio el misterio de la Cruz, caería muy pronto el influjo de este grande acontecimiento, que miraban ellos con los ojos de su vanidad como un extraño delirio. ¿Pero qué sucedió? Apenas reciben el Espíritu Santo los apóstoles, cuando comienzan á sorprender al mundo con el número prodigioso y la celeridad de sus conquistas. Corre cada uno de los enviados á llenar su mision, y ya desde aquí no se ve otra cosa por donde quiera sino una serie continua de prodigios. Nada puede contra ellos, ni el hombre ni la naturaleza: bajo sus piés se aplanan las montaña y las colinas; el mar parece inmóvil: ábrense las puertas de las opulentas ciudades; y estos hombres “sin mas armas ni riquezas que la Cruz del Sal-

vador, todo lo conquistan con la palabra evagélica, á cada paso rinden con su voz á gentiles y judíos, por todas partes repiten los ecos el nombre del Crucificado. Treinta años han discurrido apenas, y ya casi no hay una ciudad en que no tremole magestuosamente la bandera del cristianismo.

Alarmóse con harto fundamento, señores, el corazón de todos los enemigos del Salvador cuando conocieron la realidad magnífica de un poder que tan gloriosamente se habia ya inaugurado: desapareció la burlona sonrisa de los labios del gentil, y cayó la esperanza del pecho del judío. “Braman entonces á impulso de un rabioso furor todas las naciones; los pueblos meditan fútiles y ridículos proyectos; se paran erguidos los reyes todos; y los príncipes se congregan á una contra el Señor y contra su Cristo. “Hagamos caer á pedazos, decian, las cadenas con que pretenden aprisionarnos; arrojemos lejos de nosotros el yugo vil que intentan imponernos.” (1) Hé aquí, señores, el centro de todos los votos y el toque de guerra que se iba á excitar muy en breve contra el cristianismo.

Estaba escrito que la Iglesia de Jesucristo no dejaria nunca de tener crueles perseguidores: él mismo lo anunció á sus apóstoles la noche de la cena de una manera tan precisa, que pueden reconocerse allí fielmente caracterizados todos los enemigos de su reino; pero tambien estaba dicho que éste habia de sostenerse con gloria, que habia de triunfar siempre, que habian de ser

1 Ps. II, vv, 1 2 y 3.

inútiles todos los embates, que la Iglesia estaba fundada sobre una roca inexpugnable y que no prevalecerían contra ella las puertas del infierno (1). Esta perpetuidad, estos triunfos incesantes, esta acción poderosa y nunca interrumpida: hé aquí, señores, un monumento inmortal que Jesucristo ha levantado á su gloria. Ella resplandece igualmente en la inutilidad con que la Iglesia es combatida; y en las penas terribles con que sus enemigos son castigados.

¿Y quiénes son los enemigos que la persiguen? El gentilismo con la muerte, la heregía con el error, la prostitucion con los vicios, y la filosofía con todo género de armas. Mas ella triunfa: del primero, con la constancia de sus mártires; de la segunda, con la autoridad infalible de sus decisiones; de la tercera, con las virtudes de sus confesores; y de la última con todo género de victorias.

El gentilismo la persigue con la muerte. A la vista de una sociedad rápida y prodigiosamente multiplicada y extendida, sin embargo de proponer misterios incomprensibles á la razón y leyes austeras á la voluntad, la rabia se apodera del corazón de los príncipes, que desde la altura del trono arman á millares los brazos de los gentiles para extirpar de la tierra la sociedad santa que acababa de fundar Jesucristo con su muerte. Odio al Evangelio, fuego y sangre á los miembros de la Iglesia: hé aquí el primer legado que se transmiten unos á otros aquellos monstruos, que para oprobio de la humanidad rigieron en la

1 Math. cap. XVI, v. 18.

serie de algunos siglos el destino de las naciones. Circula por su corazón el veneno hereditario, y á pesar de las diferencias innumerables que caracterizaban el reinado de cada uno, todos ellos seguían uniformes por el camino de la persecución, abierto por la mano de aquel monarca que pareció nacido para hacer estremecer á todo el género humano. ¿Quién pintara, señores, el horrible cuadro de aquella inicua persecucion que sufrió por tan largo curso de tiempo la innumerable familia que habia reunido á su rededor la Cruz de Jesucristo? Perseguidos como bestias feroces, los suplicios ordinarios parecían en extremo suaves para unos hombres universalmente vistos como los enemigos de los dioses y de la patria. "Se nos decapita, decía el mártir San Justino, se nos clava en cruces, se nos expone á las fieras, se nos atormenta con las cadenas, con el fuego, con todos los suplicios mas crueles" (1). "La hásta, añade San Cipriano, la cuchilla, el verdugo; todo está dispuesto: el garfio arrancando la carne, el potro levantado, la hoguera encendida, y para el cuerpo de un solo hombre se apresta mayor número de suplicios que el de los miembros de que consta." (2) El hijo se revuelve moribundo en la sangre de su padre, la hacha del verdugo no perdona ni al sexo débil ni á la edad temprana. Ni los instintos de la naturaleza, ni los clamores de la humanidad, ni las conexiones más dulces de la vida, son parte á detener el ímpetu furioso de esta

1 Dial. cum Triph.

2 Ad Donat, pág. 21, ed de Paris (1833).

horrible persecucion. Multiplíquense los cadalsos con los edictos de los césares: cada emperador pretende señalar su advenimiento al trono con los excesos inauditos de nuevas crueldades: desde Neron hasta Dioclesiano se mantiene fresca la sangre que inunda las calles y las plazas públicas: "por siglos es necesario contar los padecimientos de la Iglesia, y durante el curso de "trescientos años no podemos seguirla sino por "las huellas sangrientas de sus mártires." (1)

¿Mas cuáles fueron, decidme, los resultados de tan larga y sostenida persecucion? ¿No habian imaginado sus autores, nulificar el Evangelio y hacer pedazos el yugo de Jesucristo? ¿No llevaron su frenesí, hasta el extremo de afirmar que quedaba extinguido el nombre de los cristianos desde el Oriente hasta el Occidente, y abolida en todos los pueblos la religion de Jesucristo? (2) ¡Insensatos! Desde lo alto de su trono "el que reina en los cielos se reia de estos sangrientos desvaríos, se burlaba de sus empresas locas y de sus nombres vanos." (3)

Para confundir y anonadar el poder de los perseguidores, no necesitaba por cierto de ocupar con legiones armadas el vasto campo que abarcaba su imperio: quiso triunfar de lo mas fuerte con lo mas débil, y para llevar á cabo esta empresa divina, le bastó prodigar al corazon de las víctimas, aquella fortaleza espiritual que no teme la muerte. ¡Qué espectáculo el de un mártir al tiem-

1 Bullet. Estab. del Crist. pág. 62.

2 Guill. Bibl. t. 1.º Persec.

3 Ps. II, 4.

po de espirar! Camina á la muerte sin la presuncion del orgullo, sin el terror de la debilidad; la virtud le precede, la gloria le sigue: sube al patíbulo con ademan tranquilo y con una especie de serenidad que no pertenece á la tierra: no insulta á su verdugo; alaba á Jesucristo: ve llegar á la muerte, y la saluda con el himno de la victoria: no es un hombre que espira; es un navegante que ha sufrido todos los embates de los vientos, ve descollar las cumbres queridas de la patria y toca por fin en el puerto suspirado. La serenidad de su rostro es una visible prueba de la inmortalidad de su alma; la constancia con que resiste es la imágen mas viva de su fé; el deseo que tiene de morir, es un troféo sublime de la caridad. A la vista de un ejemplo tan heróico, de una magnanimidad hasta entónces desconocida, de este predominio sobre la tribulacion y la muerte, el mundo todo se convence de que los destinos de este nuevo pueblo no penderán jamas de la voluntad poderosa de los reyes. Llegando á este punto, hermanos míos, una perspectiva enteramente nueva arrebatava las miradas de mi alma. Veo triunfar la causa de Jesucristo: veo que las victorias suceden á las victorias, que la misma tiranía sirve á los designios del Señor, que los límites del nuevo reino se van retirando á medida que se irrita y enfurece el génio de la crueldad. Cada víctima da nuevos atletas, "la sangre de los mártires es una semilla de justos," (1) y su constancia en padecer rinde por fin el brazo de los tiranos. Sonó, pues, la hora que ha-

1 Terttul.

bia de poner dique á este torrente de sangre; la Iglesia domina ya en todos los pueblos, es poseedora única de todos los homenajes: por donde quiera escucha las santas exclamaciones de su victoria; goza de una paz que espontáneamente le otorgan la convicción y la gratitud; levanta su frente augusta delante del Universo, "apoya uno de sus brazos en la Cruz del Salvador, y descansa en el otro sobre el cetro tutelar de Constantino." (1)

Pero qué, ¿nuevas nubes no vendrán á eclipsar estos días de santo regocijo? Católicos, los enemigos de Jesucristo, siempre tenaces, no desearán jamás: á los embates de la crueldad inutilizados seguirán los golpes menos sangrientos, pero mas terribles del error y de la seducción. A la sombra de un reinado pacífico nace y maquina incesantemente el génio de la herejía, dirige sus miradas atrevidas hácia todos los muros de la Iglesia, para minar paulatinamente sus cimientos; acecha á los incautos, tendiéndoles una mano amiga; reúne de todas partes prosélitos, y no pasa mucho tiempo sin que clame contra los dogmas y amenace á la creencia universal. Manéscataca la Unidad de Dios; Arrio la Divinidad de Jesucristo; Macedonio la del Espíritu Santo; Pelagio la gracia; Nestorio y Eutiquio la Encarnación augusta y Maternidad divina. ¿Como enumerar, señores, aquella multitud prodigiosa de prosélitos que reunieron bien pronto estos caudillos para repartirlos al punto por todo el territorio cristiano? ¿Cómo pintar la efervescencia

1 Maury. Paneg de S. Ag.

que agitaba por todas partes á los hombres? ¿Cómo bosquejar aquí el cuadro lastimoso de aquellos cismas que hicieron derramar tantas lágrimas á la esposa de Jesucristo? Escriben, hablan, obran con increíble actividad los falsos profetas y los mentidos sabios: corren de todas y por todas partes nuevas y contradictorias doctrinas: los fieles huyen amedrentados: la Iglesia tiembla por la suerte de sus hijos, y volviendo atrás una mirada, parece lamentarse de que ya no exista la sangrienta persecución, y "echar menos con sentimiento amargo la hacha de sus antiguos verdugos." (1)

¿Cuál será la suerte de esta Esposa querida? No temáis: la Cruz de Jesucristo triunfa con la misma soberanía en el patíbulo de los mártires y en el campo de la controversia. Reúnense los pastores á la voz de la Iglesia, y del centro de aquellas augustas asambleas se lanza el rayo divino que postra y anonada la turba de herejes. ¿Quién puede recordar sin entusiasmo los nombres venerables y gloriosos de Nicéa, Constantinopla, Efeso, Calcedonia, Letran y Trento? Estos nombres están unidos á las memorias de aquellos Consejos augustos de la cristiandad, reunidos á la voz del Pontífice Supremo con el doble fin de ilustrar al creyente con la antorcha de la fé y herir al heresiarca con el anatema de la autoridad infalible. ¿Qué recuerdos excitan en vuestras almas, católicos, las costas desiertas de la Africa? ¡Ah! Se animarán constantemente á nuestra vista aquellos sitios tan fecundos en

1 Mauri. Paneg. de S. Aug.

recuerdos, "donde las asambleas de los obispos eran tan numerosas como los concilios generales, y donde el monstruo de la herejía cayó reducido á polvo á los piés de Agustín." [1]

De este modo, católicos, veo resplandecer en la Iglesia del Señor aquella sabiduría que subyuga á la inteligencia y domina sin cesar en medio de todos los ataques que dirige contra ella el espíritu de error. Si este se agita con un movimiento que parece perdurable, la Iglesia resiste con inflexible constancia; si la herejía combate, la Iglesia triunfa; si el infierno vomita sus monstruos, la Iglesia cria sus atletas; si las sectas murmuran, los concilios truenan; si el cisma se insinúa, el Vicario de Jesucristo se mantiene firme en la silla de Pedro: finalmente, si los caudillos de tantas doctrinas perversas hacen cundir por todas partes los errores, las herejías y el pestilente soplo de los vicios, la Iglesia se reviste de una magestad imponente, juzga sin apelacion, habla, y su victoria se anuncia con el rendido acatamiento de todo el orbe católico.

¿Y qué consiguió, decidme, qué consiguió la inmoralidad con todas las redes que tendia á la inocencia? Servir, señores, de una sombra que hizo resplandecer mas y mas la imagen celestial de la virtud. Huyen los justos á los sitios mas ignorados, crece incesantemente el culto santo de la castidad, la perfeccion evangélica multiplica sin cesar los mas ilustres ejemplos, las vírgenes y los confesores brillan por todas partes, los desiertos se trasforman en deliciosos jardines. No

1 Fenelon. Serm. de la Epif.

hay un rincon de la tierra donde no habiten aquellos ángeles de paz: desde las córtes hasta las aldeas se difunde el fuego de la caridad, y donde quiera se exhala el perfume de las virtudes. El alma se siente conmovida cuando registra la historia, sube al origen de las instituciones monásticas, y descubre allí tantos y tan diversos caracteres de santidad; cuando mira al hombre tan superior á la naturaleza humana; cuando le ve inmolar en las aras de la religion todos los placeres de la carne y de la sangre, todos los prestigios del poder, toda la magnificencia y esplendor de la prosperidad, las voces halagüeñas de la fama, las ilusiones risueñas de la vida, todas las promesas, todas las esperanzas, todos los encantos y atractivos seductores del mundo.

¿Quién hubiera podido imaginar, hermanos míos, que despues de tantos combates inútiles, despues de tantos y tan bellos triunfos como habia obtenido la Cruz de Jesucristo sobre los perseguidores crueles y los heresiarcas corrompidos que trabajaban infatigables por estirpar la Iglesia, habian de abrirse otra vez las puertas del abismo para vomitar nuevos monstruos y suscitar nuevas y mas empeñadas persecuciones? Pero ¡ay! no está léjos de nosotros ese siglo fatal, en que vinieron á reunirse el odio de todos los siglos, los errores de todas las épocas, la corrupcion de todos los tiempos, ese siglo ateo, que dejó muy atrás en impiedad y prostitucion aun á las épocas mas infames del paganismo. La filosofía, señores, en esa época fatal, se erige en árbitra suprema, se arma con la pluma y la espada, y despliega una prodigiosa energía para des

truir á un golpe todas las creencias y todas las instituciones. El corazon corrompe al entendimiento, y á un tiempo son atacados los dogmas de la fé, las máximas de la moral y los principios de la política. Ya no se trata de combatir un dogma particular; es preciso borrar todas las creencias, arruinar todos los templos, sumergir en el caos todas las verdades, borrar hasta las últimas memorias del culto y sus ministros. Desde la existencia de Dios y la inmortalidad del alma hasta las mas lejanas consecuencias de la moral evangélica, todo se contradice con audacia, todo se ataca y persigue con furor. Deslúmbrase al pueblo con máximas seductoras de política para descargar un golpe seguro sobre las antiguas instituciones: se le dice al hombre que es material, para que vea sin espanto al ídolo de la Razon usurpar el tabernáculo del Dios vivo. La incredulidad no consiente ni aun las mas lejanas memorias: bórrase la era de Jesucristo, sustituyen las fiestas revolucionarias á las solemnidades religiosas, los nombres de los brutos y de las plantas á los nombres de los santos; y ya desde entónces las Iglesias que no fuéron demolidas, quedaron para servir de teatro á las mas inicuas profanaciones.

¿Qué crimen, señores, no tuvo entónces sus héroes? ¿que sitio no fué testigo de los mas terribles atentados? Levántase el patíbulo del Monarca, y de él brota el manantial de sangre que habia de inundar la patria de San Luis: mírase la Iglesia despojada de su patrimonio, y muy pronto perecen á millares sus ministros. ¡Triste cuadro, católicos! ¡el órden social desquiciado,

la rebellion abriendo brecha á la anarquía, la anarquía, mil veces peor que el despotismo, sedienta siempre de sangre, buscando sin tregua nuevas víctimas que devorar; los establecimientos mas útiles, obras preciosas de siglos de experiencia, destruidos en un solo instante de delirio; los monumentos mas gloriosos desmoronados por donde quiera; las piedras de los sepuleros despedazadas, y arrojadas al viento las cenizas de los muertos; la probidad, el honor, con las virtudes y los talentos, con el nacimiento y la fortuna, indeleblemente escritos en el gran registro de las públicas proscriciones; la Francia, en fin, trasformada repentinamente en un vasto cadalso, donde la sangre no deja de correr!" (1)

Entre tanto, señores, la Iglesia de Jesucristo aparece con igual esplendor. Nuevos mártires la glorifican, nuevos defensores se levantan y hacen avergonzar á la filosofía, la religion cristiana vuelve á reunir á su rededor cuanto hay de mas ilustre y mas grande; el génio se humilla en su presencia; la poesía le pide sus tesoros, y las mismas ciencias le ofrecen los mas humildes homenajes. ¿Dónde están los trofeos á que aspiraba la soberbia incredulidad? ¿dónde los monumentos erigidos por la admiracion á sus triunfos? ¿dónde los orgullosos génios que se atrevieron contra la sabiduría de la Iglesia? ¿dónde los escrutadores curiosos de la ciencia mundana? ¿dónde aquellos insensatos que habian imaginado triunfar de la palabra eterna y arrancar del corazon las esperanzas del cielo? *Ubi sapiens? ubi scriba?* (2)

1 Mac-carthy.

2 I Corint. cap. I, v. 20.

“Yo confundiré la sabiduría del sabio; yo reprobaré la prudencia del prudente, (1) ha dicho el Señor y esta palabra es infalible.

Pero no basta, señores, ver inutilizados los esfuerzos del gentilismo, de la herejía, de la inmoralidad y de la filosofía: es preciso volver atrás la vista, preguntar á la historia cuál ha sido la suerte de los hombres y de los pueblos que se han revelado contra la Cruz, y ver cómo la gloria de Jesucristo resplandece igualmente en las penas terribles con que son castigados los enemigos de su Iglesia. En vano busca la filosofía causas desconocidas para explicar el secreto de tantas revoluciones: una mano invisible dirige siempre el curso de los acontecimientos humanos, y parece que no hay entre ellos uno solo que no entre á la parte con Dios en los destinos de su Iglesia. Abrid, señores, las páginas de la historia: ¿qué reflexiones hacéis al descubrir allí el triste destino de tantos reyes y de tantos pueblos?

¿Quién ignora el trágico fin de los Nerones, Domicianos, Decios, Julianos y tantos otros? El alma se estremece al ver la rabia con que espira un Galerio-Maximiliano, inventor de tantos tormentos. Vedle, señores, devorado por los gusanos que salen de sus entrañas. Ved á ese Maximiano-Daya, todavía mas atroz, que no teniendo ya contra quien convertir su rabia, entra en un delirio espantoso producido por el veneno que toma él mismo para acelerar su muerte: ved cómo rabioso por un fuego que le devora, exhala por fin su alma feroz entre los alaridos de ira y de

1 Ibid. 19.

desesperacion. [1] Cuando veo, católicos, á estos que disponian del mundo, abandonados á sí mismos, consumidos con el puñal del remordimiento, presa de los dolores mas crueles, arrastrarse á morir como reptiles miserables, desprovistos hasta del último recurso humano; cuando los veo espirar, maldiciendo su destino, entre los clamores de una desesperacion inútil, abandonados de Dios y de los hombres; cuando los veo, por fin, bajar al sepulcro sin que caiga una lágrima siquiera sobre sus infames restos, mi alma se estremece y confunde, adora en estos accidentes desastrosos el poder de la justicia eterna, y reconoce aquella “vara de hiero,” que el Padre puso en las manos de Jesucristo, para que rigiese á los monarcas rebeldes, y “desbaratase como un vaso de tierra (2) á los perseguidores de la Iglesia.

¿Y qué diré de los pueblos que no quisieron reconocer á Jesucristo, y de aquellos que despues de haber recibido su Evangelio, tuvieron la desgracia de abandonarle? Millares de judíos quedan sepultados bajo las ruinas de Jerusalem, y los muros del antiguo pueblo desaparecen bajo los brazos fuertes de Tito y Vespasiano. Acabó desde entónces la nacion judía, y para oprobio de su deicidio, vagan errantes aún sus miserables restos al cabo de diez y ocho siglos, sin patria, sin hogar, universalmente despreciados; no parece sino que la ira del cielo está destilando gota á gota, con el fin de prolongar por toda la dura-

1 Mac-carthy.

2 Ps. II, 9.